

especie de litera, donde cuatro esclavos traían a un personaje a hombros. Se apresuraron en llegar a la entrada del puente, y, el viajero preguntó a su guía:

—¿Quién es éste más adornado que un Sardanápalo? Parece de lejos un antiguo patriarca.

—Ya no es ni sombra: Era un multimillonario apodado «Caldo de Gallina»; era un consumado epulón, muy amigo de los costosos vestidos y comidas. Toda la fuerza de voluntad la puso en la baja glotonería, y, en adornar sus dedos con sortijas. Siempre lo veíamos sentado a la sombra de un árbol, o, en la terraza con naipes en mano. A todos sus amigos les refería esta cantilena «Si hubiese querido ser médico lo hubiese sido».

Alpino se quedó sorprendido de aquella turbamulta que a las claras presentaba huellas de miseria y degeneración. Cuando se presentaron los esclavos con la litera, el forastero, rogó que hiciesen un pequeño descanso: quería saber algo directo de boca de aquel miserable.

—¿Qué ha sucedido, señor, en vuestra ciudad?

—Un ángel exterminador ha sembrado la desolación... Por nada del mundo entréis en el país de «Quisiera». Una horrible condena pesa sobre «Seta», hoy derruida y en pavesas, en otro tiempo próspera y floreciente. Sus lingüistas, sus profetas, sus doctores, se los ha tragado la tierra; los pozos se han llenado de cascotes y cenizas. Extranjero —añadió el exilado con voz conmovida— quienquiera que seas y donde quiera que vayas presenta este trofeo de imborrable baldón para nosotros.

Entró una mano sarmentosa en una bolsa de seda granate, arrugada, y, sacó una banderilla metálica que atravesaba un pequeño gallo de oro.

—Ten esta maldita veleta... Estaba colocada en la torre Potosí; servía para marcar la dirección del viento; pero nosotros la tomamos casi como el distintivo de la vida de Seta. Esta fue nuestra mayor desgracia: la inconstancia.

Caldo de Gallina frunció el ceño, dio tres palmadas en señal de proseguir la marcha, y, los lacayos obedecieron la orden y continuaron el lento caminar.

Alpino, no quiso detenerse más en aquella apocalíptica urbe donde se veían fisonomías de todas las razas, así que reiteró sus saludos para el ilustre gobernador Volo de la activísima Nuevacruz encargando a mister Caña con tono persuasivo, le hiciese presente su beneplácito por el buen gobierno cristiano.

Alpino, salió casi furtivamente por la puerta principal. Caña, le hizo una zalema de medio cuerpo flexionado hacia tierra. El sol estaba en ocaso. Cuando llegó a la orilla del río arrojó la veleta de oro a las aguas.

—No quiero llevar este aciago recuerdo a mis compatriotas, no sea que vayan a tomar las costumbres de los indeseables habitantes del país de «Quisiera».

Y siguió su camino.

RÚNICO

SEMBLANZA

Alta, esbelta, morena
de mentalidad serena.

De pelo negro, brillante
ojos castaño-oscuro, grandes,

Firme en el mirar
y de aspecto señorial.

Elegante sin igual,
con atuendo actual.

Ignoro donde es natal,
reside en la capital.

Nombre desconocido aquí,
dicese señorita Equis.

Jovial, fina, discreta,

...

¡adivina esta treta!

ENRIQUE